
Las Iglesias orientales católicas y ortodoxas en las enseñanzas del Vaticano II

Eastern Catholic and Orthodox Churches in the Teachings of Vatican II

RECIBIDO: 29 DE NOVIEMBRE DE 2013 / ACEPTADO: 6 DE FEBRERO DE 2014

Pablo BLANCO

Facultad de Teología. Universidad de Navarra
Pamplona. España
pblanco@unav.es

Resumen: En estas líneas, nos referiremos tanto a aquellas Iglesias que mantienen una plena comunión con la Sede apostólica (Iglesias católico-orientales u orientales católicas), como aquellas que se encuentran separadas (Iglesias ortodoxas). Abordaremos también el patrimonio espiritual y litúrgico de estas Iglesias particulares, los conceptos de «rito», «Patriarcado» e «Iglesia *sui iuris*», las disposiciones litúrgicas propias y su relación con las Iglesias ortodoxas (en especial, las indicaciones conciliares en lo que se refiere a la *communicatio in sacris* con las Iglesias orientales católicas y ortodoxas), tal como lo exponen el Decreto *Orientalium Ecclesiarum* (1964) y otros documentos conciliares.

Palabras clave: Rito, Patriarcado, Iglesias hermanas, Iglesias *sui iuris*, Sinodalidad.

Abstract: In these pages we refer to those Churches in full communion with the Apostolic See (Eastern Catholic Churches) as well as those that are split (Orthodox Churches). We also discuss the spiritual and liturgical patrimony of these particular Churches, the concepts of «rite», «Patriarchate» and «*sui iuris* Church», their own liturgical instructions of these particular Churches (specially the conciliar indications in that referred to the *communicatio in sacris* with these Eastern Catholic and Orthodox Churches), as are stated in the *Orientalium Ecclesiarum* Decree (1964) and in other conciliar documents.

Keywords: Rite, Patriarchate, Sister Churches, *sui iuris* Churches, Sinodality.

«**T**odos conocen con cuánto amor los cristianos orientales celebran el culto litúrgico –afirma el Decreto conciliar sobre Ecumenismo¹–, sobre todo la celebración eucarística, fuente de la vida de la Iglesia y prenda de la gloria futura, por la cual los fieles unidos a su Obispo, teniendo acogida ante Dios Padre por su Hijo el Verbo encarnado, muerto y glorificado en la efusión del Espíritu Santo, consiguen la comunión con la Santísima Trinidad, hechos “partícipes de la naturaleza divina” (2 Pe 1,4)» (UR 15). Además de la doctrina de la inhabitación de la Trinidad en el alma en gracia, existe en la eclesiología oriental una clara correlación entre Trinidad, Iglesia y Eucaristía a la que el Concilio hace aprecio, y que está presente también en la eclesiología de comunión propuesta por el Vaticano II. La Iglesia católica latina admira además la espiritualidad trinitaria de los orientales, así como la teología sobre la Iglesia desarrollada de modo especial en ese ámbito. Es más, como veremos, la fundamentación trinitaria de la Iglesia explica su unidad y su diversidad, así como su articulación en Iglesia universal e Iglesias locales, tal como explicaron los Padres de la Iglesia (cfr. también SA 16-20, UUS 5-6, OL 12-13)².

1. LAS IGLESIAS ORIENTALES EN GENERAL

El origen de este acercamiento conciliar a lo oriental partirá de la liturgia y la espiritualidad, para llegar también a sus consecuencias eclesiológicas y jurídicas. El Concilio muestra así una disposición favorable a sus legítimas interpretaciones teológicas verdaderas en ámbito oriental. La diversidad en la Iglesia puede darse también respecto a la exposición de la doctrina teológica, puesto que «en Oriente y en Occidente se han seguido diversos pasos y mé-

¹ Tendremos también en cuenta la continuidad presente en los documentos magisteriales promulgados en el posconcilio (como *Orientale lumen* [1995, OL], *Slavorum apostoli* [1985, SA], y *Ut unum sint* [1995, UUS]), pues constituyen una aplicación concreta de las ideas conciliares a situaciones particulares. Procederemos al final también a un somero acercamiento a la legislación del *Código de los cánones de las Iglesias orientales* (1990, CCEO). Sobre este particular, puede verse: SANZ, M. y CRUZ ARNANZ, J., «El “afecto oriental” de los Papas, de León XIII a Juan Pablo II. Roma y las Iglesias del Oriente cristiano», en GONZÁLEZ MONTES, A. (ed.), *Las Iglesias orientales*, Madrid: BAC, 2000, 5-108.

² Cfr. HAJJAR, J., «Les Églises du Proche-Orient au Concile Vatican II: Aperçu historique (1958-1978)», *Istina* 41 (1996/3) 253-308; GONZÁLEZ MONTES, A. (ed.), *Las Iglesias orientales, passim*; SALACHAS, D., «Las iglesias orientales y ortodoxas en los Decretos conciliares *Unitatis redintegratio* y *Orientalium ecclesiarum*», *Dialogo ecumenico* 39 (2004) 507-536; FARRUGIA, E., «Re-reading *Orientalium ecclesiarum*», *Gregorianum* 88 (2007) 352-372.

todos en la investigación de la verdad revelada y en el reconocimiento y exposición de lo divino». Además, «no hay que sorprenderse, pues –continúa–, de que algunos aspectos del misterio revelado a veces se hayan captado mejor y se hayan expuesto con más claridad por unos que por otros, de manera que hemos de declarar que las diversas fórmulas teológicas, más bien que oponerse entre sí, se completan y perfeccionan unas a otras» (UR 17; cfr. también UUS 50-51)³.

Patrimonio espiritual

«Más aún –concluye este mismo número–, [los cristianos orientales] tienden hacia una contemplación cabal de la verdad cristiana», sostiene el Decreto sobre Ecumenismo (UR 17, cfr. también OL 10-11). Tal riqueza constituye un patrimonio por el que se debe velar y que nunca se ha de perder, tal como refleja un documento específico del Concilio dedicado a las Iglesias orientales católicas, promulgado el 21 de noviembre de 1964: «Sepan y tengan por seguro todos los orientales –indica este Decreto–, que pueden y deben conservar siempre sus legítimos ritos litúrgicos y su disciplina, y que no deben introducir cambios sino por razón de su propio y orgánico progreso. Todo esto, pues, ha de ser observado con la máxima fidelidad por los orientales, quienes deben adquirir un conocimiento cada vez mayor y una práctica cada vez más perfecta de estas cosas» (OE 6).

«Si por circunstancias de tiempo o de personas –continúa– se hubiesen indebidamente apartado de aquéllas, procuren volver a las antiguas tradiciones» (OE 6). Frente a una posible latinización de las Iglesias orientales –que se ha dado de hecho en determinadas circunstancias históricas–, el Decreto sobre las Iglesias orientales recuerda la necesidad de «no imponer ninguna otra carga más que la necesaria» (Hch 15,28). El Concilio aprecia pues en esta diversidad incluso la obligación de velar por ella. El Decreto sobre el ecumenismo *Unitatis redintegratio* insiste además que «todo este patrimonio espiritual y litúrgico, disciplinar y teológico, en sus diversas tradiciones, pertenece a la plena catolicidad y apostolicidad de la Iglesia, dando gracias a Dios, porque muchos orientales, hijos de la Iglesia católica, que conservan esta herencia y

³ Cfr. MUSONI, A., «Chiese e comunità ecclesiali», en CALABRESE, G., GOYRET, P. y PIAZZA, O. F., *Dizionario di ecclesiologia*, Roma: Città Nuova, 2010, 189-197; ID., «Chiese sorelle», en *ibid.*, 202-209; FERRARIO, F., «Chiese non calcedoniane», en *ibid.*, 197-202.

ansían vivirla en su plena pureza e integridad, viven ya en comunión perfecta con los hermanos que practican la tradición occidental» (UR 17).

De esta manera, podemos concluir de tales orientaciones que el Concilio rehúye todo intento de «latinización» de las modalidades litúrgicas y culturales que se desarrollan en Oriente. El Vaticano II afirmó la igual dignidad de todas las Iglesias oriental y occidental, y de hecho animó a los fieles orientales a redescubrir y valorar las propias tradiciones (cfr. OE 4). En efecto, como la Iglesia sostiene este deseo mantener los ritos o las tradiciones de cada Iglesia particular, «el sacrosanto Concilio, ateniéndose fielmente a la tradición, declara que la Santa Madre Iglesia atribuye igual derecho y honor a todos los ritos legítimamente reconocidos y quiere que en el futuro se conserven y fomenten por todos los medios. Desea, además, que, si fuere necesario, sean íntegramente revisados con prudencia, de acuerdo con la sana tradición, y reciban nuevo vigor, teniendo en cuenta las circunstancias y necesidades de hoy» (SC 4; cfr. también OE 3).

La riqueza litúrgica y la celebración del culto divino delimitan en cierta medida estas diferentes Iglesias orientales católicas, como verdaderas comunidades eucarísticas en comunión con Roma. Pero la tradición litúrgica tiene también manifestaciones más amplias, igualmente cristocéntricas. Y cita al respecto algunos ejemplos: «En este culto litúrgico los orientales ensalzan con hermosos himnos a María, siempre Virgen, a quien el Concilio Ecuménico de Éfeso, proclamó solemnemente Santísima Madre de Dios, para que Cristo fuera reconocido como Hijo de Dios e Hijo del hombre, según las Escrituras, y honran también a muchos santos, entre ellos a los Padres de la Iglesia universal» (UR 15). Esta riqueza teológica y litúrgica enriquece pues de modo claro el patrimonio espiritual de toda la Iglesia universal, al igual que se dan aportaciones en sentido contrario.

Todas estas referencias históricas, culturales y teológicas han de ser tenidas muy en cuenta por parte de la Iglesia latina. Tales principios generales presentan su concreción en el ámbito jurídico-pastoral: «Aquellos, pues, que por razón del cargo o del ministerio apostólico tengan frecuente trato con las Iglesias orientales o con sus fieles, sean adiestrados cuidadosamente en el conocimiento y práctica de los ritos, disciplina, doctrina, historia y carácter de los orientales según la importancia del oficio que desempeñan» (OE 6). Recomienda así, por ejemplo, el Concilio a las órdenes religiosas y asociaciones de rito latino que trabajan en las regiones orientales o entre los fieles orientales que, para una mayor eficacia en la evangelización, «establezcan casas o también provincias de rito oriental, en la medida de lo posible» (OE 6).

Como conclusión podríamos decir de momento que: a) el Vaticano II se muestra fuertemente sensible a estas realidades diferenciales, y procura por todos los medios su pervivencia en el futuro, sin ceder a un fácil proceso de globalización o latinización; b) de esta igualdad entre las Iglesias oriental y occidental se desprende una consecuente igualdad entre los derechos y deberes de las mismas, sin que esto vaya en menoscabo de la diferencia en el nivel de autonomía que presentan (cfr. OE 5); c) así como todos los fieles tienen una esencial igualdad por el sacramento del Bautismo (cfr. LG 31, AA 2), de igual manera todas las Iglesias –por este mismo origen ontológico-sacramental– son iguales entre sí y deben fomentar la plena comunión con el Romano Pontífice (cfr. OE 3); y, en este sentido, d) el Concilio afirma que estas Iglesias católico-orientales tendrán una especial vocación para promover el diálogo ecuménico con las demás Iglesias orientales (cfr. OE 24), a pesar de las evidentes dificultades.

Los Patriarcados

La *Lumen gentium* se detiene a citar ejemplos concretos de estructuras jurídicas presentes en el Oriente cristiano: «Entre las cuales [Iglesias] –afirma–, algunas (concretamente las antiguas Iglesias patriarcales, como madres en la fe) engendraron a otras como hijas y han quedado unidas con ellas hasta nuestros días con vínculos más estrechos de caridad en la vida sacramental y en la mutua observancia de derechos y deberes. Esta variedad de las Iglesias locales, tendente a la unidad, manifiesta con mayor evidencia la catolicidad de la Iglesia indivisa» (LG 23). Estas jurisdicciones patriarcales constituyen pues «Iglesias hijas» y, por tanto, hermanas entre sí respecto a otras Iglesias particulares. De esta forma, en el Concilio se considera «Iglesia patriarcal» a aquélla presidida por un Patriarca, el cual tiene potestad por norma del derecho común sobre los demás Obispos metropolitanos, Obispos (o Eparcas) y fieles que pertenecen a la Iglesia *sui iuris*⁴.

Este respeto a la institución patriarcal constituye una constante en los textos conciliares: «desde los tiempos más remotos vige en la Iglesia la insti-

⁴ Sobre este tema, puede verse PEREIRA, A. S., «Églises particulières au Concile Vatican II, dans les églises orientales et dans l'Église latine», *Periodica de re canonica* 86 (1997/2) 241-273; MAGEE, M., *The Patriarcal Institution in the Church. Ecclesiological Perspectives in the Light of the Second Vatican Council*, Roma: 2006; ID., «Patriarcato», en CALABRESE, G., GOYRET, P. y PIAZZA, O. F., *Dizionario di ecclesiologia*, 1045-1052.

tución patriarcal, ya reconocida desde los primeros concilios ecuménicos». Y a continuación, establece la definición de la autoridad propia de una Iglesia oriental del siguiente modo: «Con el nombre de Patriarca oriental se designa al Obispo a quien compete la jurisdicción sobre todos los Obispos, sin exceptuar los Metropolitanos, sobre el clero y el pueblo del propio territorio o rito, de acuerdo con las normas del derecho y sin perjuicio del Primado del Romano Pontífice» (OE 7). Esta jurisdicción estará por tanto circunscrita a un ámbito determinado: «Dondequiera que se constituya un Jerarca de rito determinado –concluye–, fuera de los límites del territorio patriarcal, permanece agregado a la Jerarquía del Patriarcado del mismo rito, según las normas del derecho» (OE 7; cfr. también UUS 88-96).

La pertenencia a un rito conlleva la pertenencia a un determinado Patriarcado, según se desprende de estas afirmaciones conciliares. Luego el ámbito ritual presenta una serie de manifestaciones jurídicas. El Patriarca asume además la mayoría de los asuntos administrativos de su Iglesia patriarcal, aunque será el Sínodo de los Obispos de aquella misma Iglesia particular, presidido por el Patriarca, quien detente todas las competencias legislativas y jurídicas. No por esto debe equipararse el Patriarcado a las Conferencias episcopales de ámbito latino. A pesar de que estos Patriarcados pueden estar o no en plena comunión con la Sede romana, la estructura de éstos resulta plenamente reconocida por la Iglesia católica y, sin ser inconveniente, el que en su parte latina presente una estructura jurídica distinta. Es más, el Vaticano II aprecia de un modo muy especial esta «unidad en la diversidad»: el modelo comunional por él propuesto es capaz de asumir las diferencias sin absorberlas ni suprimirlas. Nos encontramos pues aquí ante una manifestación jurídica de los principios teológicos anteriormente expuestos.

Según la eclesiología oriental de cuño ortodoxo, la función propia del Obispo de Roma es la de ser custodio de la unidad eclesial, sin constituir una autoridad de origen divino superior a la de los demás Obispos. La eclesiología ortodoxa le otorga al Sucesor de Pedro más bien una potestad respecto a la comunión eclesial que respecto a toda la Iglesia universal. Tal potestad, a su vez, se fundamenta en la dimensión pneumatológica, en el vínculo del amor del Espíritu. Es decir, la eclesiología ortodoxa reconoce al Sucesor de Pedro el Primado de honor (ser un *primus inter pares*), pero no así el de jurisdicción: éste no detenta una potestad directa, ordinaria e inmediata en cada Iglesia particular. Por el contrario, en la estructura sinodal presente en la Iglesia oriental, los Obispos son considerados como iguales entre sí, si bien el Sínodo se

encuentra siempre presidido por el Patriarca. A diferencia del Romano Pontífice, la autoridad patriarcal no tiene una potestad personal: el Patriarca no puede tomar decisiones sin el consenso sinodal, y viceversa.

La eclesiología conciliar mantendrá al mismo tiempo una compatibilidad entre el Primado de Pedro y la teología del Patriarcado. Así, por ejemplo, en el Decreto sobre Ecumenismo aparecen las «Iglesias patriarcales», aunque en este caso referidas a las ortodoxas. «El Sacrosanto Concilio se complace en recordar –entre otras cosas importantes– que existen en Oriente muchas Iglesias particulares o locales, entre las cuales ocupan el primer lugar las Iglesias patriarcales, y de los cuales no pocas traen origen de los mismos Apóstoles. Por este motivo han prevalecido y prevalece entre los orientales el empeño y el interés de conservar aquellas relaciones fraternas en la comunión de la fe y de la caridad, que deben observarse entre las Iglesias locales como entre hermanas» (UR 14; cfr. UUS 55-58).

Por tanto, en el caso de las Iglesias locales ortodoxas, puede hablarse realmente de «Iglesias hermanas», lo cual les concede –como decíamos– una especial proximidad a la Iglesia católica. La razón de este aprecio y respeto proviene de la plena comunión en la fe con ellos, compartir el mismo ministerio y los mismos sacramentos, pues lo único que nos separa es la concepción del Primado de Pedro. Así, se da una radical igualdad entre todas estas Iglesias particulares: en este sentido las Iglesias orientales –católicas o no– serán «Iglesias hermanas», tal como recordará la Congregación para la doctrina de la fe unos años después⁵. Las Iglesias católica y ortodoxa no serán sin embargo «hermanas» en sentido estricto, pero sus Iglesias particulares sí serán Iglesias hermanas entre sí. Para evitar equívocos, Benedicto XVI renunció en 2006 al título de «Patriarca de Occidente», también para que no se entendiera en competencia con los demás Patriarcados, así como para evitar una equiparación entre la autoridad patriarcal y el ministerio de comunión ejercido por el Obispo de Roma⁶.

⁵ *Nota sobre la expresión «Iglesias hermanas»* (30-VI-2000): en CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Documenta. Documentos publicados desde el Concilio Vaticano II hasta nuestros días*, Madrid: Palabra, 2007, 417-419.

⁶ Cfr. McCORMACK, A., «Pope Benedict and the title “Patriarch of the West”», Canadian Canon Law Society/ Société Canadienne de Droit Canonique (28-31 October/Octobre 2013 – Sudbury, On., en http://www.google.com/url?sa=t&ret=j&q=&esrc=s&source=web&cd=7&ved=0CGYQFjAG&url=http%3A%2F%2Fwww.ccls-scdc.ca%2FNews%2FNL001_2012%2F2013_Conv%2F21.%2520A.%2520McCormack.doc&ei=mNA7U6irNIbE0QW45YDwAQ&usg=AFQjCNGf51I7m3v9Zn4fstk2onRxQBwKVw&sig2=riEW9BHb7MrAhfVylYcxCA&bvm=bv.63934634,d.d2k [consulta 2-IV-2014].

Para considerar la dignidad propia de esta institución, el Vaticano II no hace otra cosa que apelar a la historia de los primeros siglos del cristianismo y a los primeros concilios. «Según la antiquísima tradición de la Iglesia, los Patriarcas de las Iglesias orientales han de ser honrados de una manera especial, puesto que cada uno preside su Patriarcado como padre y cabeza del mismo. Por eso, este santo Sínodo establece que sus derechos y privilegios sean restaurados según las tradiciones antiguas de cada Iglesia y los Decretos de los concilios ecuménicos» (OE 9). Entre los Patriarcas –sigue recordando el Concilio– se dará una unidad fundamental entre todos ellos, unidos por los lazos de la fraternidad y del espíritu de comunión: «Aunque cronológicamente unos sean posteriores a otros, los Patriarcas de las Iglesias orientales son todos iguales en la dignidad patriarcal, aunque se guarde entre ellos la precedencia de honor legítimamente establecida» (OE 8).

Como conclusión, podríamos decir que a) estas circunscripciones eclesíásticas deben su origen a la «Providencia divina» (cfr. LG 23). Además, b) los Patriarcados no están sólo constituidos por ritos, sino que también constituyen «verdaderas Iglesias particulares»; es más, éstos se constituyen en Iglesias particulares «hermanas» (en plena comunión o no con la Sede Apostólica) de las Iglesias particulares católicas. c) Cada Patriarca se constituye como padre responsable de la respectiva Iglesia particular, si bien la potestad plena corresponde al Sínodo y, si está en plena comunión con Roma, a la autoridad del Obispo de Roma. El Concilio no especificó si tal autoridad procedía «por institución divina» o constituía una «institución eclesíástica». En fin, d) la figura del Patriarca contiene un gran significado ecuménico en el diálogo establecido sobre todo con las Iglesias orientales pertenecientes a la Ortodoxia.

2. LAS IGLESIAS CATÓLICAS ORIENTALES

El Decreto *Unitatis redintegratio* había afirmado que «las Iglesias del Oriente, además, desde los primeros tiempos seguían las disciplinas propias sancionadas por los Santos Padres y por los Concilios, incluidos los ecuménicos». Al no oponerse a la unidad de la Iglesia la variedad de ritos y costumbres, el Concilio –«para disipar todo temor declara que las Iglesias orientales» y a la vez consciente de la necesaria unidad de toda la Iglesia– afirma que tales jurisdicciones de Oriente «tienen el derecho y la obligación de regirse según sus propias ordenaciones». De esta forma se pueden acomodar mejor a la

idiosincrasia de sus fieles y podrán promover mejor el bien de los fieles. «No siempre, es verdad –apostilla–, se ha observado bien este principio tradicional, pero su observancia es una condición previa absolutamente necesaria para el restablecimiento de la unión» (UR 16)⁷.

Nociones de «rito» y de «Iglesia sui iuris»

El Concilio reconoce la autonomía jurisdiccional también de las Iglesias particulares que están en plena comunión con la Iglesia católica. El Vaticano II no usó sin embargo en sus documentos el término jurídico *sui iuris*; sino que usó las expresiones «ritos» o «Iglesias particulares» (cfr. OE 2-4; SA 12). Al principio no se quería emplear el término «rito» por considerarlo ambiguo, pero con el tiempo se llegó a la convicción de que éste tenía una gran tradición magisterial. En efecto, el Concilio había apreciado la diversidad cultural, litúrgica y disciplinar presente en las Iglesias orientales católicas. «La divina Providencia ha dispuesto que varias Iglesias fundadas en diversas regiones por los Apóstoles y sus sucesores, al correr de los tiempos, se hayan reunido en numerosos grupos estables, orgánicamente unidos, los cuales, quedando a salvo la unidad de la fe y la única constitución divina de la Iglesia universal, tienen una disciplina propia, unos ritos litúrgicos y un patrimonio teológico y espiritual propios» (LG 23).

La Constitución sobre la liturgia promovió la recepción de estos ritos «de modo integral según la sana tradición» (n. 4; cfr. también CCEO c. 39, c. 40). La estructura jurídica que se desprende de tal eclesiología tendrá muy en cuenta la liturgia y las relaciones fraternas –tanto personales como institucionales–, en las que la sinodalidad presenta una gran importancia. Por un lado, el mayor conocimiento de la liturgia, la doctrina y la espiritualidad orientales y, por otro, la misma presencia de Padres conciliares procedentes de Oriente propiciaron un mayor conocimiento y aprecio hacia aquellas Iglesias que, manteniendo la plena comunión con Roma, presentan diferencias que enri-

⁷ Sobre este tema, puede verse LORUSSO, L., «Il riconoscimento della pari dignità nella comunione cattolica: il Decreto *Orientalium ecclesiarum* e il *Codice dei Canoni delle Chiese Orientali*», *Angelicum* 83 (2006) 451-473; DE FRANCISCO VEGA, C., *Las Iglesias orientales católicas. Identidad y patrimonio*, Madrid: San Pablo, 1997, *passim*; OKULIK, L., «Circonscrizioni orientali», en CALABRESE, G., GOYRET, P. y PIAZZA, O. F., *Dizionario di ecclesiologia*, 209-221; GEFAELL, P., «Las Iglesias orientales antiguas ortodoxas y católicas», en GONZÁLEZ MONTES, A. (ed.), *Las Iglesias orientales*, 595-643.

quecen la diversidad en la Iglesia católica. El modelo eclesiológico propuesto por el Vaticano II será el comunional, donde –a imitación de la misma Trinidad– cabe la unidad dentro de la diversidad.

Este aprecio a las Iglesias de Oriente aparecerá ya en el Decreto *Unitatis redintegratio*. Sobre los orientales en general, dice que «las Iglesias del Oriente y del Occidente, durante muchos siglos siguieron su propio camino unidas en la comunión fraterna de la fe y de la vida sacramental, siendo la Sede Romana, con el consentimiento común, árbitro si surgía entre ellas algún disenso en cuanto a la fe y a la disciplina» (UR 14). Las Iglesias orientales unidas a la Sede apostólica constituyen por tanto verdaderas Iglesias *sui iuris*, que detentan una legislación, una disciplina y un régimen propios. Esta diversidad, como veíamos, no va en menoscabo de la unidad. Roma desempeñaba de esta forma el ministerio de comunión entre todas estas Iglesias locales, dotadas de la sucesión apostólica.

Así, el Concilio enseña que ningún rito puede ser considerado superior al resto (cfr. SC 4), y la autoridad de la Iglesia ordenará más adelante a sus fieles orientales a observar y conservar su propio rito (cfr. OE 2, 21; también CCEO cc. 30, 35). Con esta afirmación, el Vaticano II pretendía superar la doctrina que afirmaba que el rito latino detentaba una superioridad sobre los demás⁸. A partir de 1990, las Iglesias orientales se regirán por el CCEO y por las disposiciones particulares de cada una de ellas. La Iglesia *sui iuris* contendrá por tanto: a) una comunidad de fieles cristianos; b) una jerarquía que le sirve por medio del ministerio de la Palabra, de los sacramentos y del gobierno; c) una estructura organizativa según derecho; d) el reconocimiento tácito o explícito de la autoridad suprema de la Iglesia (cfr. CCEO c. 27). Es más, la variedad se considera una expresión y un estímulo para la unidad. «Entre estas Iglesias y ritos vige una admirable comunión –continúa el Concilio–, de tal modo que su variedad en la Iglesia no sólo no daña a su unidad, sino que más bien la explicita» (OE 2). Unos números más adelante, el Concilio expresaba sus parabienes respecto a estas relaciones en el futuro. «El Santo Sínodo se alegra extraordinariamente de la fructuosa y activa colaboración entre las Iglesias católicas de Oriente y Occidente. [...] Amémonos todos mutuamente con amor fraternal, honrándonos unos a otros (Rom 12,10)» (OE 30).

⁸ Cfr. BENEDICTO XIV, Const. Ap. *Etsi Pastoralis* [1742] II, XIII; si bien habría que hacer notar también los acercamientos posteriores por parte de León XIII y Pío X.

Autonomía jurisdiccional

Como veíamos, el Decreto conciliar sobre las Iglesias orientales *Orientalium Ecclesiarum* (1964) ratificaba por su parte que «la Iglesia católica tiene en gran aprecio las instituciones, los ritos litúrgicos, las tradiciones eclesiásticas y la disciplina de la vida cristiana de las Iglesias orientales. Pues en todas ellas, preclaras por su venerable antigüedad, brilla aquella tradición de los Padres, que arranca desde los Apóstoles, la cual constituye una parte de lo divinamente revelado y del patrimonio indiviso de la Iglesia universal» (OE 1). Tras esta introducción general, el Vaticano II alude a la realidad de las Iglesias orientales como Iglesias particulares, constituidas por un determinado rito. La Iglesia católica consta de fieles que se unen en el Espíritu Santo «por la misma fe, por los mismos sacramentos y por el mismo gobierno» (OE 2). «Estos fieles, reuniéndose en varias agrupaciones unidas a la jerarquía, constituyen las Iglesias particulares o ritos» (*ibíd.*).

De esta manera, según la diversidad de ritos, «para cumplir mejor con el ministerio de la salvación», donde haya fieles de diverso rito, el Obispo diocesano ha de proveer a sus necesidades espirituales con sacerdotes o parroquias del mismo rito o por un vicario episcopal, dotado de facultades convenientes y, si es necesario, dotado incluso del carácter episcopal o que desempeñe por el mismo el oficio de ordinario de los diversos ritos. «Pero si todo esto no pudiera compaginarse, según parecer de la Sede Apostólica, establézcase una jerarquía propia según los diversos ritos» (CD 23). Así, cada uno de los Obispos a los que se ha confiado el cuidado de cada Iglesia particular, «bajo la autoridad del Sumo Pontífice», como sus pastores propios, ordinarios e inmediatos, deben gobernar a sus fieles en el nombre de Cristo, desarrollando en ellas su oficio de enseñar, de santificar y de regir.

Los Obispos «deben reconocer los derechos que competen legítimamente a los Patriarcas o a otras autoridades jerárquicas» (CD 11). En el régimen jurisdiccional, los Patriarcas católicos poseen una clara autonomía, si bien a la vez querrán someterse al Primado de jurisdicción del Sucesor de Pedro, para conservar así la plena comunión con la Iglesia católica. El Concilio lo formula del siguiente modo: «Los Patriarcas con sus Sínodos constituyen la última apelación para cualquier clase de asuntos de su Patriarcado, sin excluir el derecho de erigir nuevas diócesis y de nombrar Obispos de su rito dentro de los límites de su territorio patriarcal, salvo el derecho inalienable del Romano Pontífice de intervenir en cada uno de los casos» (OE 9).

«Lo que se dice de los Patriarcas también vale, según las normas del derecho, para los Arzobispos mayores que presiden una Iglesia particular o rito» (OE 10). Es decir, es cabeza de una Iglesia Arzobispal Mayor, distinta de una Iglesia particular. Es más, el Concilio no se cierra a las realidades jurídicas ya existentes, sino que anima a extender la estructura patriarcal a ámbitos donde todavía no están establecidos, si se viera la conveniencia o necesidad para la evangelización y para la plantación de la Iglesia: «Siendo la institución patriarcal una forma tradicional del gobierno entre las Iglesias orientales, desea el Concilio santo y ecuménico que donde haga falta se erijan nuevos Patriarcados, cuya constitución se reserva al Concilio ecuménico o al Romano Pontífice» (OE 11).

El Concilio proporciona incluso algunas orientaciones particulares sobre la jurisdicción propia del Patriarca. Así, por ejemplo, respecto a los religiosos confiados a la autoridad del Patriarca, afirma la LG 45: «Análogamente [al Romano Pontífice] pueden ser puestos bajo las propias autoridades patriarcales o encomendados a ellas. Los miembros de tales Institutos, en el cumplimiento de los deberes que tienen para con la Iglesia según su peculiar forma de vida, deben prestar a los Obispos reverencia y obediencia en conformidad con las leyes canónicas, por razón de su autoridad pastoral en las Iglesias particulares y por la necesaria unidad y concordia en el trabajo apostólico». De modo parecido se podrían aplicar los principios generales en lo que se refiere a la relación entre sacerdocio común y sacerdocio ministerial, que se encuentran expuestos en LG 10.11.

Disposiciones litúrgicas

La liturgia seguirá constituyendo el centro de estas Iglesias orientales. Como consecuencia, la autonomía legislativa de los Patriarcados e Iglesias orientales abarca como es lógico las cuestiones litúrgicas, incluido el calendario de fiestas y solemnidades. En cuanto a los días festivos comunes a todas las Iglesias orientales, y en lo que se refiere a la creación de ellos, la traslación o supresión queda reservada exclusivamente al Concilio ecuménico o a la Sede Apostólica, «teniendo en cuenta la manera peculiar de ser de toda la región y de las otras Iglesias particulares» (OE 19). Este tema resulta especialmente importante en lo que se refiere a la fecha de la Pascua: «se concede a los Patriarcas o a las supremas autoridades locales la facultad de proceder unánime-

mente y de acuerdo con todos aquellos a quienes interesa celebrar la Pascua en un mismo domingo» (OE 20).

Así, recuerda el Vaticano II que el Patriarca ejerce también la potestad propia en materia litúrgica: «Corresponde al Patriarca con el Sínodo, o a la suprema autoridad de cada Iglesia con el consejo de los jerarcas, el derecho de determinar el uso de las lenguas en las sagradas acciones litúrgicas, y también el de aprobar las versiones de los textos en lengua vernácula, después de haber enviado copia de ello a la Santa Sede» (OE 23). En lo que se refiere a los fieles, el Concilio permite una cierta permeabilidad a la hora de pasar de un rito a otro, en aras a la adecuada atención pastoral de todos ellos. Quienes viven fuera de la región o territorio de su propio rito pueden atenerse plenamente, en cuanto a la ley de los tiempos sagrados, a la disciplina del lugar en donde viven. «Las familias de rito mixto –añade el Decreto sobre las Iglesias orientales– pueden guardar esta ley todos según un mismo y único rito» (OE 21). La autoridad tiende siempre a proteger al rito oriental, en general minoritario.

Respecto a los ministros, el Decreto sobre las Iglesias orientales afirma que deberán atenerse a las propias prescripciones litúrgicas. «Los clérigos y religiosos orientales reciten, según las normas y tradiciones de su propia disciplina, el Oficio divino, tan estimado desde los tiempos más antiguos por todas las Iglesias orientales. También los fieles, siguiendo los ejemplos de sus mayores, tomen parte devotamente y según sus posibilidades en el Oficio divino» (OE 22). Algo análogo ocurrirá con los demás fieles, pues debe ser asegurada la atención de los Obispos a los fieles distinto rito, tal como se recuerda en el Decreto *Christus Dominus* (cfr. CD 23.27), al mismo tiempo que ha de lograrse la colaboración de los Obispos en los territorios donde conviven distintos ritos.

Decíamos también que el reconocimiento de la legítima autonomía en el ámbito jurisdiccional se desprende de su propia naturaleza teológica de que constituyen Iglesias particulares, que en este caso se encuentran en plena comunión con la Sede de Pedro. «La historia, las tradiciones y muchísimas instituciones eclesíásticas atestiguan de modo preclaro cuán beneméritas son las Iglesias orientales de la Iglesia universal. Por lo que el santo Sínodo no sólo mantiene este patrimonio eclesíástico y espiritual en su debida y justa estima, sino que también lo considera firmemente como patrimonio de la Iglesia universal de Cristo» (OE 5). «Por esto, las Iglesias católicas de Oriente, al igual que las de Occidente, gozan del derecho y deber de regirse según sus respectivas disciplinas peculiares, como lo exigen su venerable antigüedad, sean más

congruentes con las costumbres de sus fieles y resulten más adecuadas para procurar el bien de las almas» (OE 5).

De lo litúrgico y espiritual se llega a lo jurídico, en cuyo ámbito el Concilio llega a establecer las más detalladas concreciones para preservar esos ritos minoritarios. «Debe procurarse la protección y el incremento de todas las Iglesias particulares y, en consecuencia, establézcanse parroquias y jerarquías propias, allí donde lo requiera el bien espiritual de los fieles» (OE 4). Pero los jerarcas de las diversas Iglesias particulares –sigue diciendo–, que tienen jurisdicción en un mismo territorio procuren, mediante acuerdos adoptados en reuniones periódicas, favorecer la unidad de la acción y fomentar las obras comunes, mediante la unión de fuerzas, «para promover más fácilmente el bien de la religión y salvaguardar más eficazmente la disciplina del clero» (OE 4). El Decreto sobre las Iglesias orientales se ocupa pues del ministerio y de la celebración litúrgica como elementos de comunión y garantes de la unidad dentro de la propia diversidad.

3. LAS IGLESIAS ORIENTALES SEPARADAS DE LA SEDE ROMANA

Nos estamos refiriendo ahora a las Iglesias ortodoxas: a las que pertenecen en la actualidad a la Ortodoxia. Es de sobra conocido el hecho de que las relaciones entre las Iglesias orientales católicas y las ortodoxas no siempre han sido pacíficas. El Vaticano II se vio en la necesidad de formular unos prudentes consejos tanto de aprecio a estas Iglesias orientales separadas de Roma, como en lo que se refiere a las relaciones con las «Iglesias hermanas» pertenecientes a la Ortodoxia. «El Sacrosanto Concilio exhorta a todos –afirmaba el Decreto *Unitatis redintegratio*–, pero especialmente a quienes han de trabajar por restablecer la plena comunión entre las Iglesias orientales y la Iglesia católica, que tengan las debidas consideraciones a la especial condición de las Iglesias que nacen y se desarrollan en el Oriente» (UR 14). De esta forma, el Decreto sobre Ecumenismo dirige la atención hacia «la índole de las relaciones que existían entre ellas y la Sede Romana antes de la separación», a la vez que anima a que «se formen una opinión recta de todo ello» (*ibíd.*)⁹.

⁹ BUX, N., «Chiesa ortodossa», en CALABRESE, G., GOYRET, P. y PIAZZA, O. F., *Dizionario di ecclesiologia*, 165-168; ERIKSON, J. H., «La carta *Oriente lumen* y el diálogo para la unidad entre católicos y ortodoxos. Perspectiva ortodoxa», en GONZÁLEZ MONTES, A. (ed.), *Las Iglesias orientales*, 109-130; VILLAR, J. R., «El diálogo teológico entre católicos y ortodoxos orientales», en *ibíd.*, 645-718.

Diferencias eclesiológicas

Oriente reflexionó sobre la Iglesia a partir de la Eucaristía presente en la Iglesia local, a la vez que incorporaba elementos históricos y culturales pertenecientes a su propia cultura. El resultado será una eclesiología con una fundamentación sacramentaria y eucarística, radicada en la comunidad local, en la cual se debería realizar también a su vez la Iglesia universal (*in quibus et ex quibus*). En este sentido, afirma el Concilio: «por la celebración de la Eucaristía del Señor en cada una de estas Iglesias, se edifica y crece la Iglesia de Dios, y por la concelebración se manifiesta la comunión entre ellas» (UR 15; cfr. también OL 5-8). El Vaticano II anima a «conocer, venerar, conservar y favorecer el riquísimo patrimonio litúrgico y espiritual de los orientales» (*ibíd.*). Esto resulta necesario –añade– para conservar fielmente la plenitud de la tradición cristiana y para conseguir la reconciliación de los cristianos orientales y occidentales.

Todo diálogo ecuménico debe realizarse pues a partir del amor y la verdad. El Concilio pide el heroísmo de dejar de lado algunas dolorosas circunstancias históricas, que a veces han comportado errores y auténticas ofensas: «derrumbado todo muro que separa la Iglesia occidental y la oriental, se hará una sola morada, cuya piedra angular es Cristo Jesús, que hará de las dos una sola cosa» (UR 18), afirma citando el Concilio de Florencia. En fin, el Vaticano II llega a indicaciones más concretas dirigidas «sobre todo de los orientales»: «lo harán primeramente con su oración, su ejemplaridad, la exacta fidelidad a las antiguas tradiciones orientales, un mutuo y mejor conocimiento, la colaboración y la fraterna estima de instituciones y mentalidades» (OE 24). Los orientales detentan de este modo una prioritaria vocación ecuménica con sus hermanos orientales separados en la actualidad de la Sede romana.

El Concilio sin embargo afirma que las Iglesias orientales han sido confiadas también al gobierno pastoral del Romano Pontífice, quien sucede a Pedro en el Primado de la Iglesia universal. La eclesiología latina tendrá pues también una orientación de tipo jurídico, y no sólo teológica: el poder de «atar y desatar» (cfr. Mt 16,19) le concede al Obispo de Roma una clara primacía pastoral y jurisdiccional en el Colegio Apostólico. Como consecuencia, el Romano Pontífice ejerce la plenitud de la potestad directa, ordinaria e inmediata en cada diócesis de la Iglesia universal, y su función entre los Patriarcas no puede ser reducida a la de ser un *primus inter pares*. El

Primado de Pedro será no sólo de honor –decíamos–, sino también de jurisdicción¹⁰.

La «communicatio in sacris»

Existe una colaboración entre católicos y ortodoxos en la oración, el diálogo teológico y la acción social que ha dado abundantes frutos a lo largo de la historia, especialmente posconciliar. Permanece sin embargo en pie la siguiente pregunta: ¿qué ocurre con los sacramentos? ¿Puede procederse sin más, dada la evidente cercanía, a la intercomuni3n, a la *communicatio in sacris*, a la comunicaci3n en los sacramentos, sobre todo de la Penitencia, la Eucaristía o la Unci3n de enfermos? Si acudimos al *C3digo para las Iglesias orientales*, podemos ver que, en el caso de presentarse 3sta entre los distintos ritos pertenecientes a la Iglesia cat3lica, no existe mayor problema que el de pedir y procurar a los fieles la formaci3n adecuada para recibir los sacramentos (cfr. CCEO c. 41), a la vez que los ministros han de administrarlos seg3n el propio rito en que ellos mismos celebran (*ibí.d.*, cc. 674, 846).

Sin embargo, el Decreto sobre Ecumenismo se expresaba de modo muy claro en los casos en los que no existe todavía la plena comuni3n con la Iglesia cat3lica: «Está prohibida por ley divina la comunicaci3n en las cosas sagradas que ofenda la unidad de la Iglesia o lleve al error formal o al peligro de errar en la fe, o sea ocasi3n de escándalo y de indiferentismo» (OE 26; cfr. USS 62-63, 97). Los matices aparecen despu3s de modo necesario –continúa la misma *Unitatis redintegratio*–, pues la pr3ctica pastoral enseña, en lo que respecta a los dem3s cristianos, que se pueden y se deben considerar las distintas circunstancias personales en las que la unidad de la Iglesia no sufre detrimento, ni hay riesgo de indiferentismo y el bien espiritual de las almas urge a esa comuni3n en las funciones sagradas. «Así, pues –continúa el Decreto–, la Igle-

¹⁰ En la actualidad este tema est3 abordado por el Documento de Ravena, redactado por la JOINT INTERNATIONAL COMMISSION FOR THE THEOLOGICAL DIALOGUE BETWEEN THE ROMAN CATHOLIC CHURCH AND THE ORTHODOX CHURCH, «Ecclesiological and canonical consequences of the sacramental nature of the Church. Ecclesial communion, conciliarity and authority» (Ravenna, 13 October 2007), en http://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/chrstuni/ch_orthodox_docs/rc_pc_chrstuni_doc_20071013_documento-ravenna_en.html. Sobre este tema puede verse: WARE, K., «The Ravenna Document and the future of the orthodox-catholic dialogue», *The Jurist* 69 (2009) 766-789; MCPARTLAN, P., «Ravenna Agreed Statement and Catholic-Orthodox Dialogue, The The 1983 Code of Canon Law: Twenty Five Years Later», *The Jurist* 69 (2009) 749-765.

sia católica, atendidas esas diversas circunstancias de tiempos, lugares y personas, usó y usa con frecuencia una manera de obrar más suave, ofreciendo a todos, medios de salvación y testimonio de caridad entre los cristianos mediante la participación en los sacramentos y en otras funciones y cosas sagradas» (OE 26).

Cita además allí el principio «para que no seamos impedimento por excesiva severidad con aquellos a quienes está destinada la salvación». Por un lado, se encuentran las exigencias previas de la necesidad de la gracia obtenida por medio de los sacramentos y, por otro, la necesaria comunión previa en la fe, en el ministerio y los sacramentos. Queda por tanto planteada en toda su urgencia la cuestión del *defectus ordinis*, es decir, la interrupción de la línea histórico-sacramental que va desde los Apóstoles hasta nuestros días (cfr. UR 22). En este sentido, el Concilio establece una clara línea de demarcación con anglicanos y protestantes por un lado, y la que se establece con los ortodoxos por otro, que se encuentra fundamentada en sólidas razones teológicas y eclesiológicas.

Dadas las premisas anteriores, concluye el texto conciliar: «teniendo en cuenta los principios ya dichos, pueden administrarse los sacramentos de la Penitencia, Eucaristía y Unción de los enfermos a *los orientales* que de buena fe viven separados de la Iglesia católica, con tal que los pidan espontáneamente y estén bien preparados; más aún, pueden también los católicos pedir los sacramentos a ministros acatólicos, en las Iglesias que tienen sacramentos válidos, siempre que lo aconseje la necesidad o un verdadero provecho espiritual y sea, física o moralmente, imposible acudir a un sacerdote católico» (OE 27; subrayado nuestro). Como hemos visto, se dará por el contrario una praxis distinta con anglicanos y protestantes, para quienes el Vaticano II prevee una *communicatio in sacris* sólo en casos «de grave necesidad».

CONCLUSIONES

Como conclusión podríamos decir: a) La eclesiología oriental parte desde la Trinidad para llegar después a la Iglesia reunida en torno a la Palabra y la Eucaristía; tal eclesiología eucarística de comunión expresa de modo claro la unidad y la diversidad existente en la Iglesia. b) Por eso el Vaticano II reconoce la diversidad teológica, litúrgica y espiritual de las Iglesias orientales, también si se encuentran en plena comunión con Roma; esta diversidad crea a su vez un orden jurídico distinto. c) El punto de partida será pues sobre todo

litúrgico, a partir de un determinado rito, que da a su vez lugar a un ámbito jurídico específico formado por una Iglesia *sui iuris*, que en algunos casos se encuentra en plena comunión con la Sede apostólica. Esto llevará consigo a que d) lógicamente estas Iglesias particulares presenten una legislación, una disciplina y un régimen propios. Nos encontramos de esta forma entre la diversidad litúrgica y jurisdiccional, dentro de la unidad y la comunión eclesial.

En este estado de cosas, el Concilio considera como igualmente legítima e) la existencia de Patriarcados, con idéntica autonomía jurisdiccional, que suele concretarse en un determinado rito. Así, f) enseña a reconocer, respetar y fomentar los ritos orientales y los distintos ámbitos jurisdiccionales, y no sólo para asegurar su pervivencia. Cada rito y cada jurisdicción establecerán a su vez una serie de disposiciones litúrgicas y sacramentales propias. Al mismo tiempo, se dará una cierta permeabilidad entre los distintos ritos. En lo que se refiere a la g) *communicatio in sacris*, mientras no existe problema alguno entre los distintos ritos católicos, resulta desaconsejado sin embargo con las «Iglesias hermanas» pertenecientes la Ortodoxia, si existe en el lugar un ministro propio que pueda administrar estos sacramentos en las debidas condiciones; podrían ser administrados sólo en caso de ausencia del propio ministro. h) Cada circunscripción oriental presentará en fin sus propios usos litúrgicos y sacramentales. En fin, i) el Vaticano II promueve la plena comunión con todas las «Iglesias hermanas» orientales, a la vez que respeta la legítima autonomía doctrinal y jurisdiccional.

Bibliografía

- BUX, N., «Chiesa ortodossa», en CALABRESE, G., GOYRET, P. y PIAZZA, O. F., *Dizionario di ecclesiologia*, Roma: Città Nuova, 2010, 165-168.
- DE FRANCISCO VEGA, C., *Las Iglesias orientales católicas. Identidad y patrimonio*, Madrid: San Pablo, 1997.
- ERIKSON, J. H., «La carta *Orientalium ecclesiarum* y el diálogo para la unidad entre católicos y ortodoxos. Perspectiva ortodoxa», en GONZÁLEZ MONTES, A. (ed.), *Las Iglesias orientales*, Madrid: BAC, 2000, 109-130.
- FARRUGIA, E., «Re-reading *Orientalium ecclesiarum*», en *Gregorianum* 88 (2007) 352-372.
- FERRARIO, F., «Chiese non calcedoniane», en CALABRESE, G., GOYRET, P. y PIAZZA, O. F., *Dizionario di ecclesiologia*, 197-202.
- GEFAELL, P., «Las Iglesias orientales antiguas ortodoxas y católicas», en GONZÁLEZ MONTES, A. (ed.), *Las Iglesias orientales*, 595-643.
- GONZÁLEZ MONTES, A. (ed.), *Las Iglesias orientales*, Madrid: BAC, 2000.
- HAJJAR, J., «Les Églises du Proche-Orient au Concile Vatican II: Aperçu historique (1958-1978)», *Istina* 41 (1996/3) 253-308.
- LORUSSO, L., «Il riconoscimento della pari dignità nella comunione cattolica: il Decreto *Orientalium ecclesiarum* e il *Codice dei Canoni delle Chiese Orientali*», *Angelicum* 83 (2006) 451-473.
- MAGEE, M., *The Patriarcal Institution in the Church. Ecclesiological Perspectives in the Light of the Second Vatican Council*, Roma, 2006.
- MCCORMACK, A., «Pope Benedict and the title “Patriarc of the West”», Canadian Canon Law Society/ Société Canadienne de Droit Canonique (28-31 October/Octobre 2013 – Sudbury, On., en http://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=7&ved=0CGYQFjAG&url=http%3A%2F%2Fwww.ccls-scdc.ca%2FNews%2FNL001_2012%2F2013_Conv%2F21.%2520A.%2520McCormack.doc&ei=mNA7U6irNIbE0QW45YDwAQ&usg=AFQjCNGf51I7m3v9Zn4fstk2onRxQBwKVw&sig2=riEW9BHb7MrAhfVylYcxCA&bvm=bv.63934634,d.d2k [consulta 2-IV-2014].
- MCPARTLAN, P., «Ravenna Agreed Statement and Catholic-Orthodox Dialogue, The 1983 Code of Canon Law: Twenty Five Years Later», *The Jurist* 69 (2009) 749-765.
- MUSONI, A., «Chiese e comunità ecclesiali», en CALABRESE, G., GOYRET, P. y PIAZZA, O. F., *Dizionario di ecclesiologia*, 189-197.

- MUSONI, A., «Chiese sorelle», en *ibíd.*, 202-209.
- OKULIK, L., «Circonscrizioni orientali», en *ibíd.*, 209-221.
- PEREIRA, A. S., «Églises particulieres au Concile Vatican II, dans les églises orientales et dans l'Église latine», *Periodica de re canonica* 86 (1997/2) 241-273.
- SALACHAS, D., «Las Iglesias orientales y ortodoxas en los Decretos conciliares *Unitatis redintegratio* y *Orientalium ecclesiarum*», *Dialogo ecumenico* 39 (2004) 507-536.
- SANZ, M. y CRUZ ARNANZ, J., «El “afecto oriental” de los Papas, de León XIII a Juan Pablo II. Roma y las Iglesias del Oriente cristiano», en GONZÁLEZ MONTES, A. (ed.), *Las Iglesias orientales*, 5-108.
- VILLAR, J. R., «El diálogo teológico entre católicos y ortodoxos orientales», en *ibíd.*, 645-718.
- WARE, K., «The Ravenna Document and the future of the orthodox-catholic dialogue», *The Jurist* 69 (2009) 766-789.